



**MARÍA DE NAZARET:  
PALABRAS Y SILENCIOS**

**Matilde Eugenia Pérez Tamayo**

*María es  
"causa de nuestra alegría"  
no sólo porque  
ha concebido a Jesús,  
sino porque nos conduce a él.*

*Papa Francisco*

# CONTENIDO

## Presentación

1. La Palabra, elemento básico de la comunicación humana

2. Palabras de María en el Evangelio de Lucas

- Una palabra que cambió la historia para siempre
  - El “Sí” de María
- El gozo de compartir la fe y los dones de Dios
  - La oración gozosa y profética de María
- Una situación inesperada
  - Entre la luz y la oscuridad

3. Palabras de María en el Evangelio de Juan

- La súplica de una Madre
  - Hagan lo que él les diga

4. El silencio también habla

5. Lo guardaba todo en su corazón...

- El silencio de María
- Oración a Nuestra Señora del silencio

# PRESENTACIÓN

Una antigua práctica de la Iglesia, recoge las siete últimas “palabras” - o frases - de Jesús en la cruz, consignadas en los cuatro evangelios. La finalidad es meditar sobre ellas: su significado en aquellos acontecimientos y aquellas circunstancias, lo que significaron en su momento, y lo que significan, lo que nos dicen, lo que hacen por y para nosotros hoy, 2.000 años después.

En el presente librito quiero hacer algo semejante, tomando las palabras o frases pronunciadas por María - muy pocas por cierto -, y recogidas por san Lucas y san Juan en sus respectivos evangelios, El objetivo es profundizar en ellas, en su contenido más hondo, según el contexto en el que fueron dichas, y también, por supuesto, en la vida interior de la Madre, llena además de silencios, paradójicamente mayores en número, pero igualmente ricos en fe, en amor y en esperanza.

El fin que busco es, obviamente, que todos podamos aprender de María y de su vida, de su relación íntima y profunda con Dios, para que, iluminados y conducidos por su ejemplo, y por la

luz del Espíritu Santo que en ella habitó, lleguemos a hacernos cada día, mejores discípulos y misioneros de Jesús, nuestra vocación compartida con todos los cristianos – hombres y mujeres - del mundo.

La autora

# **1. LA PALABRA, ELEMENTO BÁSICO DE LA COMUNICACIÓN HUMANA**

La palabra es, sin duda, el elemento básico de la comunicación humana.

La palabra hablada y la palabra escrita; la que se dice de viva voz para que otros la escuchen, y la que se consigna en el papel para que perdure en el tiempo y atravesase los mares.

Tanto la una como la otra – la palabra hablada, la que decimos cada día, y la palabra escrita, que trasciende el tiempo y el espacio -, revelan lo que somos y lo que queremos ser; nuestros anhelos y deseos más profundos, lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, lo que amamos.

Una sola palabra puede mostrar a quienes comparten su vida con nosotros, los secretos más profundos de nuestro corazón.

Una sola palabra puede manifestar con claridad y contundencia nuestro estado de ánimo: la tristeza, la alegría, el miedo, la angustia, la

soledad, la rabia... que nos embargan en determinado momento y circunstancia de nuestra vida.

Una sola palabra puede abrirnos al mundo y a los otros, o alejarnos de ellos; iluminar su camino y el nuestro, o llenarlos de tinieblas; comunicar a su corazón el gozo y la esperanza que motivan a la acción, o la tristeza y la desesperación que paralizan.

Una sola palabra puede expresar todo el amor que llena nuestro corazón y nuestra vida y que queremos regalar a manos llenas, o el odio que nos carcome por dentro y nos encierra en la oscuridad más profunda.

Una sola palabra puede crear o destruir, dar vida o producir la muerte, ofrecer una oportunidad a la paz o conducir a la guerra.

La Escritura dice que en el principio de los tiempos Dios pronunció su Palabra y todo cuanto existe fue creado (cf. Génesis 1, 1 ss).

*“En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo, y un viento de Dios*



*aleteaba por encima de las aguas. Dijo Dios: "Haya luz", y hubo luz..." (Génesis 1, 1-3).*

Y también, que Jesús es la Palabra eterna de Dios, que existe desde siempre, la Palabra que Dios ha dicho de Sí mismo al mundo, la Palabra que nos lo da a conocer, la Palabra que nos manifiesta su amor infinito y misericordioso con quienes somos sus hijos (cf Juan 1, 1 ss).

*"En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres..." (Juan 1, 1-4).*

Las palabras de María presentes en los evangelios de Lucas y de Juan, son pocas, pero nos dicen mucho. Nos manifiestan su bondad y su fe, su humildad y su pureza, su entrega activa y consciente a la Voluntad del Padre para ella, su participación directa y activa en el plan de salvación de Dios para toda la humanidad.

Las palabras de María presentes en los evangelios de Lucas y de Juan, nos hacen ver

con toda claridad que Dios no se equivocó al elegirla entre todas las mujeres del mundo, como Madre de su Hijo, y tampoco Jesús al dárnosla como Madre, en el último momento de su vida.

Las palabras de María presentes en los evangelios de Lucas y de Juan son para nosotros una clara invitación a vivir nuestra fe en Dios – uno y trino - con apertura y disponibilidad, con valor y generosidad, con alegría y entusiasmo, plenamente seguros y confiados en su amor infinito y misericordioso con todas sus criaturas.

***María nos enseña que, en el arte de la misión y la esperanza, no son necesarias tantas palabras ni programas; su método es muy simple: caminó y cantó.***

***Papa Francisco***

## 2. PALABRAS DE MARÍA EN EL EVANGELIO DE LUCAS



Las primeras palabras de María, las encontramos en el Evangelio según san Lucas, en lo que se conoce técnicamente como “los evangelios de la infancia”, y más específicamente, en la

narración del maravilloso acontecimiento de la Anunciación (1, 26-38), que, según la Tradición de la Iglesia, tiene como fuente principal a Nuestra Señora.

Según esta Tradición – muy antigua -, fue precisamente María quien refirió directamente al evangelista los acontecimientos que rodearon la concepción, el nacimiento, y los primeros años de vida de Jesús. Todo ocurrió después de la muerte y la resurrección del Maestro, cuando la comunidad de sus seguidores iba creciendo en número y expandiéndose por el mundo, y había acogido a la Madre de Jesús en su seno, siguiendo la recomendación que el Señor había dado a Juan, presente con ella al pie de la cruz.

Recordemos lo que nos refiere el evangelista - autor también del Libro de los Hechos de los apóstoles -, que narra los acontecimientos posteriores a la resurrección del Señor, y el nacimiento de la Iglesia:

Después de que Jesús subió al cielo, los discípulos *“se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron subieron a la estancia superior,*

*donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos” (Hechos de los apóstoles 1, 12-14).*

Años después, Lucas, un griego ilustrado que se había convertido a la fe en Jesús, por la predicación de Pablo, buscó la manera de llegar hasta María con la intención de conocer de la fuente más fidedigna y confiable, los acontecimientos relativos al nacimiento y la infancia del Señor.

María, abrió su corazón al discípulo y éste consignó sus confidencias al comienzo del relato que ya tenía redactado sobre los hechos y dichos de Jesús, y su pasión, muerte y resurrección. Sin embargo, debemos pensar también, que el autor sagrado una vez escuchó las confidencias de la Madre, iluminado por la luz del Espíritu Santo, buscó personalmente la mejor manera de narrar todo lo que ella le había contado, pues se trataba de presentar los acontecimientos de tal manera que el Misterio de Jesús – Dios encarnado - fuera

medianamente “comprensible” para la gente del común, sin sacrificar de ninguna manera su esencia y su realidad divinas.

Detengámonos pues en estos relatos, y profundicemos en ellos a partir de las palabras de María que ellos nos presentan.

***Cuando en la fe hay espacio para la Madre de Dios, nunca se pierde el centro: el Señor, porque María jamás se señala a sí misma, sino a Jesús, y a los hermanos, porque María es Madre.***

***Papa Francisco***

## **- UNA PALABRA QUE CAMBIÓ LA HISTORIA PARA SIEMPRE**



*Al sexto mes (del anuncio del nacimiento de Juan a Zacarías) fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María.*

*Y entrando, le dijo: - Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

*Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo.*

*El ángel le dijo: - No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.*

*María respondió al ángel: - **¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?***

*El ángel le respondió: - El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios”.*

*Dijo María: - **He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.***

*Y el ángel dejándola se fue. (Lucas 1, 26-38)*



Con temor y temblor, como quien pisa terrenos sagrados, tratemos de adentrarnos en este pasaje de la vida de María, que transformó la historia humana, y también, por supuesto, nuestra propia historia.

Con gran reverencia abramos nuestra mente y nuestro corazón para comprender, en la medida de lo posible, la belleza y profundidad del misterio que se nos revela.

¿Quién era María cuando el ángel Gabriel se hizo presente en su vida, llevándole el mensaje que Dios mismo le enviaba?

El texto de Lucas nos lo dice con claridad: María no era más que una jovencita que vivía en Nazaret, un pequeño pueblo de la región de Galilea en Israel; un pueblecito sin ninguna importancia histórica ni religiosa hasta aquel momento.

La vida de María se desarrollaba como la de todas las jóvenes de su edad y de su tiempo, en medio de su familia y sus amigos, que muy seguramente eran también sus parientes lejanos.

Viviendo en un pueblo pequeño y sin ninguna importancia, es fácil deducir que esa familia a la que pertenecía María y de la que conocemos muy pocos datos, era una familia sencilla y pobre; una familia con lo necesario para vivir dignamente, sin lujos ni ostentación de ninguna clase.

María estaba ya prometida en matrimonio, según las costumbres de su cultura y de su tiempo, y por tal razón podemos pensar que tenía entre 12 y 15 años, que era la edad que se consideraba apropiada en aquel entonces, para que las jóvenes contrajeran matrimonio.

Su prometido era José, un joven – o no tan joven, no lo sabemos con certeza – justo, es decir, bueno, sencillo y honesto, de buenas costumbres, creyente y trabajador, capaz de llevar una familia adelante, con dignidad y seguridad.

También María era una buena muchacha, educada por sus padres para ser una buena esposa y una buena madre, siguiendo las tradiciones de su pueblo.

María y José se amaban – no tenemos por qué pensar otra cosa -. Se amaban tanto y tan profundamente, que habían decidido casarse y ya estaban comprometidos a hacerlo en el momento oportuno, dentro del año siguiente al compromiso, como lo señalaba la tradición.

Y fue precisamente en este tiempo entre el compromiso y el matrimonio, cuando María recibió la “visita” del ángel Gabriel, que narra san Lucas. El evangelista no abunda en detalles que nos gustaría conocer, pero dice todo lo que necesitamos saber.

¿En qué momento del día ocurrió la “aparición del ángel”?... ¿En dónde estaba María y qué estaba haciendo cuando escuchó su voz?... ¿Fue una aparición “con todas las de la ley”, en la que María pudo ver físicamente a su interlocutor?...¿Fue una “visión interior” en la que María fue como “transportada” a una dimensión superior?...

No lo sabemos. Cualquier cosa de estas es posible, porque Dios sabe siempre qué hacer y cómo hacerlo. Sin embargo, haya sido como haya sido, María quiso mantenerlo en secreto, y lo verdaderamente importante es lo que el texto

nos refiere con detalle: la propuesta de Dios para María, y su respuesta inmediata, clara y contundente.

*- Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.*

*- No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.*

María no duda ni un momento de las palabras del ángel, sólo quiere saber cómo sucederán las cosas, porque su situación particular no se corresponde con lo que él le está anunciando.

Es verdad que María está comprometida con José, pero el matrimonio entre ambos aún no se ha hecho efectivo, no están casados, no se ha realizado la ceremonia de boda, y en esta circunstancia, ¿cómo podrá ella tener un hijo? Por eso pregunta:

**- *¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?***

María está abierta al misterio de Dios, cree en Él con una fe firme, pero tiene bien puestos sus pies sobre la tierra. Es una joven sencilla y humilde, y ni se le pasa por la cabeza que Dios tenga para ella un plan preferencial.

María tiene sueños como todas las jóvenes de su edad y de su tiempo, pero no es una ilusa, no crea realidades de la nada, no construye historias sobre algodón. Quiere saber qué tiene que hacer ella para que lo que el ángel le anuncia sea realidad. Su único deseo desde que es consciente de sí, es hacer la Voluntad de Dios, como le han enseñado sus padres, pero necesita alguna explicación para dar su respuesta

El ángel comprende perfectamente la situación de María, y le “habla” sin rodeos para que ella “entienda” lo que Dios quiere realizar en ella y a través de ella: su hijo, el hijo que va a concebir, si así lo decide libremente, no será hijo de ningún hombre de carne y hueso; será Hijo de Dios, del Dios Altísimo, del Señor del cielo y la tierra. ¿Cómo?... Por obra del Espíritu Santo –

el Espíritu de Dios - que llena el mundo. Él actuará en ella con su poder divino, y ella quedará encinta sin ninguna intervención humana, porque Dios lo sabe todo, porque Dios lo puede todo, porque “para Dios no hay nada imposible”.

*- El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.*

Y le cuenta también una noticia que le puede ayudar a confirmar que Dios hace cosas maravillosas en las personas que son fieles a su amor, y se entregan a su Voluntad con disponibilidad y alegría: Isabel, su pariente lejana que nunca había tenido hijos y ya es mayor, hace seis meses que está encinta y va a tener un hijo.

*- Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.*

María entiende lo que puede entender una joven que tiene su corazón lleno del amor de Dios; del

amor que Él le da y del amor que nace en su interior como correspondencia al suyo.

María cree con todas las fuerzas de su alma, y sin vacilaciones, con prontitud, da su respuesta: ella es la sierva del Señor y sólo quiere hacer lo que Dios desea y espera de ella, y si lo que Dios quiere es lo que el ángel le ha dicho, ella está perfectamente dispuesta.

**- *He aquí la esclava del Señor...*** dice María, sin asomo de duda. **- *Hágase en mí según tu palabra...***

*“He aquí la esclava del Señor”...* Y Jesús – Dios que se hace hombre - empieza a formarse en el vientre virginal de María...

Jesús, Dios encarnado, perfectamente Dios y perfectamente hombre; Hijo de Dios y de María, Hermano nuestro por la carne, Salvador de la humanidad entera, porque como su Padre nos ama a todos sin distinción, con un amor incondicional e inagotable.

Ha comenzado a realizarse el más grande y bello misterio; el misterio de Dios que llena nuestra vida de gozo y esperanza.

***María es la “influencer” de Dios,  
se animó a decir “sí” y a confiar en el amor,  
a confiar en las promesas de Dios, que es la  
única fuerza capaz de renovar, de hacer  
nuevas todas las cosas.***

***Papa Francisco***



## - EL “SÍ” DE MARÍA

María es, ante todo, una mujer creyente, una mujer que tiene fe, una mujer que vive de la fe. Dios y todo lo que se relaciona con Él, da pleno sentido a su vida. Por eso fue capaz de dar su “Sí” al ángel Gabriel, aquel día, en Nazaret.

El “sí” de María es un “sí” firme y seguro. Un “sí” que no vacila. Un “sí” que no duda. Un “sí” que permanece en el tiempo y da luz a la esperanza de la humanidad.

El “sí” de María es un “sí” fuerte y claro. Un “sí” que supera las circunstancias difíciles que debía encarar en su vida. Un “sí” al que las adversidades no debilitaron ni hicieron sucumbir.

El “sí” de María es un “sí” valiente. Un “sí” que deja atrás los miedos, las indecisiones, la falsa prudencia, y da un paso adelante en la búsqueda de Dios, en el encuentro con Dios, que es la Vida de su vida.

El “sí” de María es un “sí” alegre y gozoso. Un “sí” lleno de entusiasmo juvenil.

El “sí” de María es un “sí” activo. Un “sí” dinámico. Una “sí” que se hace carne de su carne y sangre de su sangre. Un “sí” que se encarna. Un “sí” que da vida.

El “sí” de María es un “sí” que ilumina y da sentido a todo lo que piensa, a todo lo que desea, a todo lo que hace, y a todo lo que dice.

El “sí” de María es un “sí” absoluto y confiado. Un “sí” que supera todos los obstáculos.

El “sí” de María es un “sí” generoso. Un “sí” que se hace don. Un “sí” que es entrega total al deseo de Dios, a la Voluntad de Dios para ella.

El “sí” de María es un “sí” humilde. Un “sí” que nace de su conciencia de su pequeñez y su pobreza delante de Dios, y la mueve a recibir su amor con reverencia y alegría.

El “sí” de María es un “sí” sencillo. Un “sí” que no hace ruido. Un “sí” que no pide milagros ni manifestaciones espectaculares de Dios en favor suyo.

El “sí” de María es un “sí” que perdura en el tiempo, pero no se envejece, ni se momifica,

porque nace de su fe profunda y confiada, que ella alimenta y hace crecer cada día, con su oración humilde.

María cree con el corazón y con la vida.  
María cree con la carne y con la sangre.  
María cree con su ser entero.

María cree con una fe totalmente encarnada, una fe que se manifiesta en cada una de sus palabras y en cada una de sus acciones, por simples y cotidianas que parezcan.

El “sí” de María brota de su fe que es ejemplo y modelo para mi fe y para la tuya, para la fe de la Iglesia entera, para la fe de todos los hombres y mujeres del mundo, para todos los que decimos creer.

El “sí” de María es un sí que nunca se convierte en “no”. Un “sí” que perdura por toda la eternidad.

***Mientras transcurre la vida,  
Dios hace resplandecer para su pueblo,  
todavía peregrino sobre la tierra, un signo de  
consuelo y de segura esperanza. Aquel  
signo tiene un rostro, aquel signo tiene un***

***nombre: el rostro radiante de la Madre del Señor, el nombre bendito de María, la llena de gracia, bendita porque ella creyó en la palabra del Señor. ¡La gran creyente!***

***Papa Francisco***

## - EL GOZO DE COMPARTIR LA FE Y LOS DONES DE DIOS



*En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.*

*Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo: - Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían*

las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

Y dijo María:

**- Engrandece mi alma al Señor  
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador  
porque ha puesto los ojos en la humildad de  
su esclava,  
por eso desde ahora todas las generaciones  
me llamarán bienaventurada,  
porque ha hecho en mi favor maravillas el  
Poderoso, Santo es su nombre  
y su misericordia alcanza de generación en  
generación a los que le temen.  
Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a  
los que son soberbios en su propio corazón.  
Derribó a los potentados de sus tronos y  
exaltó a los humildes.  
A los hambrientos colmó de bienes y  
despidió a los ricos sin nada.  
Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la  
misericordia  
como había anunciado a nuestros padres -  
en favor de Abraham y de su linaje por los  
siglos”.**

María permaneció con Isabel unos tres meses,  
y se volvió a su casa”. (Lucas 1, 39-56)

Inmediatamente después del relato del acontecimiento maravilloso de la anunciación del ángel Gabriel a María, y su “sí” humilde y generoso. que dio paso al Misterio gozoso de la Encarnación de Jesús en su vientre virginal, san Lucas nos refiere la visita que María hizo a su prima Isabel, de quien el ángel le había hablado, anunciándole su próxima maternidad.

Llena de alegría, María preparó “con prontitud” su viaje a Judea. La movía – sin duda - el deseo de felicitar personalmente a su pariente por el don que Dios le había hecho en su vejez, y también, por supuesto, la sorpresa y el gozo que la embargaban por su propia maternidad.

María estaba perfectamente segura de que con Isabel podría hablar de lo que Dios estaba haciendo en ella y por medio de ella. Isabel – favorecida también por Él - la ayudaría a “entender” lo que era posible “entender”, de aquel acontecimiento maravilloso, sin juzgarla ni confundirla.

Entre estos dos sucesos de la vida de María: la anunciación del ángel y la visita a su prima Isabel, san Lucas no nos refiere ningún otro hecho, lo que nos permite suponer, que María

no contó nada a José, al menos por el momento.

El Evangelio según san Mateo apoya esta suposición, cuando nos relata el sueño que tuvo José alguna de aquellas noches (1, 18-21), como el momento en el cual Dios mismo le comunicó la feliz noticia del embarazo de María y su razón de ser:

*“La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo.*

*Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto.*

*Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados”. (Mateo 1, 18-21)*



A partir de este momento, José asumió con mucha alegría y esperanza, fortalecido por la gracia de Dios, su papel de esposo y padre, con todas sus obligaciones y responsabilidades.

Pero volvamos al encuentro de María con Isabel, su pariente, y tratemos de profundizar en lo que nos dice.

¿Qué ocurrió cuando María e Isabel, dos mujeres bendecidas por Dios con el don de la maternidad - y una maternidad extraordinaria: Isabel que ya era anciana y María que era virgen -, se encontraron cara a cara?... ¿Qué sintieron en su corazón?... ¿Qué se dijeron?..

La narración es sencilla pero también hermosa. No abundan en ella las explicaciones ni los detalles que quisiéramos conocer, pero tiene la claridad que necesita tener, dice lo que tiene que decir.

Fue Dios mismo – el Espíritu Santo - quien iluminó la mente y el corazón de Isabel, y de esta manera, tan pronto vio y escuchó a María, exultó llena de gozo y entusiasmo, reconociéndola y proclamándola como la *“bendita entre todas las mujeres”*,

*“Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; y exclamando con gran voz, dijo:*

*- Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”*

Isabel “comprendió”, en la medida que un hecho de naturaleza divina puede ser comprendido, que su joven pariente había sido elegida para una misión especial, y llena de emoción la bendijo y alabó su fe activa y confiada, capaz de acoger con alegría y prontitud la Voluntad de Dios, permitiéndole realizar con ella y a través de ella la salvación que había prometido a su pueblo.

María, por su parte, recibió las bendiciones y alabanzas de Isabel, con absoluta humildad, y siguiendo su ejemplo, y los sentimientos profundos de su corazón, bendijo y alabó a Dios por su bondad y su amor para con ella, y

también para con la humanidad entera, perfectamente segura y confiada en que aquel Niño que empezaba a crecer en sus entrañas, de manera enteramente milagrosa, traería al mundo ese amor infinito y misericordioso de Dios, que cuida y protege de un modo especial a los humildes y a los pobres.

*Y dijo María:*

*- Engrandece mi alma al Señor  
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador  
porque ha puesto los ojos en la humildad de su  
esclava,  
por eso desde ahora todas las generaciones me  
llamarán bienaventurada,  
porque ha hecho en mi favor maravillas el  
Poderoso, Santo es su nombre  
y su misericordia alcanza de generación en  
generación a los que le temen.  
Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los  
que son soberbios en su propio corazón.  
Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó  
a los humildes.  
A los hambrientos colmó de bienes y despidió a  
los ricos sin nada.  
Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la  
misericordia*

*como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su linaje por los siglos.*

María alaba a Dios proclamando con alegría y esperanza, su grandeza y su poder, su bondad y su amor, y se reconoce a sí misma, con sencillez y humildad, especialmente bendecida por Aquel que la ha mirado con amor.

María anuncia con claridad y convicción la misión que llevará a cabo el Niño que crece en sus entrañas – su hijo – que es también el Hijo del Altísimo, a quien su Padre ha, enviado al mundo como Salvador, porque Dios siempre cumple sus promesas.

Las palabras de María son palabras verdaderamente proféticas; palabras que anuncian y denuncian. Palabras que exaltan con gozo y entusiasmo el amor que Dios siente por la humanidad entera, a pesar de sus infidelidades y pecados, y dan lugar a la esperanza en medio de las dificultades que a todos nos afligen.

Las palabras de María son palabras proféticas, porque son palabras llenas de fe y de confianza, palabras que nos ayudan a superar el miedo, la

angustia, la queja, el sin sentido, y nos invitan a seguir adelante, a esperar cosas buenas.

Las palabras de María son palabras proféticas porque son palabras que denuncian, constatan y rechazan el pecado de soberbia y el pecado de injusticia, que hacen que muchos hombres y mujeres sufran y sean marginados. Y también palabras que anuncian que precisamente esa soberbia y esa injusticia serán superadas, serán derrotadas, por el abrazo amoroso de Dios y su gran misericordia que siempre nos sorprende.

Las palabras de María son palabras proféticas porque son palabras que dan buenas noticias, palabras que iluminan, palabras que bendicen, palabras que inspiran, palabras que motivan, palabras que encienden las ganas de vivir.

Las palabras de María son palabras proféticas; palabras que denuncian y anuncian; palabras que nacen de su fe; palabras que proclaman el amor infinito que Dios siente por cada uno de los hombres y mujeres del mundo; palabras que abren el corazón a la esperanza.

El relato concluye afirmando que María permaneció en casa de Isabel y Zacarías cerca

de tres meses, lo cual quiere decir que estuvo con ellos cuando Isabel dio a luz a Juan.

Pasado este tiempo regresó a Nazaret, para seguir adelante con su vida, enfrentando lo que fuera necesario enfrentar, como consecuencia de su entrega consciente y generosa a Dios.

Muy seguramente en sus diálogos íntimos con Isabel, durante aquel tiempo, María había llegado a la conclusión de que Dios le tenía preparada una nueva sorpresa, y José ya estaría enterado de lo que el Espíritu Santo había hecho en ella. Si era así, no había nada más que decir, y podían continuar con sus planes de matrimonio; de lo contrario, su misión era seguir adelante con su vida de la manera que Dios le fuera mostrando.

***La Virgen María, primera discípula y misionera de la Palabra de Dios, nos ayude a llevar al mundo el mensaje del Evangelio en una exaltación humilde y radiante, más allá de cualquier rechazo, incomprensión o tribulación.***

***Papa Francisco***

## **- LA ORACIÓN GOZOSA Y PROFÉTICA DE MARÍA**

María es, básicamente, una mujer creyente y humilde.

El Espíritu Santo que habita en ella desde el primer momento de su concepción inmaculada, sostiene su fe y su humildad, en todas las circunstancias de su vida.

María cree con todo su corazón que las palabras que el ángel Gabriel le dijo, de parte de Dios, han comenzado a cumplirse en el mismo momento en que ella pronunció su “sí” valiente y fervoroso.

María siente en lo más profundo de su ser, que Jesús ha empezado a crecer en su vientre virginal, y esto la llena de amor y de alegría, de esperanza y de paz.

Un amor y una alegría inmensas, que se reflejan como un rayo de luz en su bello rostro.

Una esperanza y una paz que ella no sabe describir, pero que siente muy profundamente en su corazón.

Un amor y una alegría, una esperanza y una paz que tiene que contar a otros, compartir con otros. Por eso va donde Isabel, su pariente. La noticia que el ángel le dio sobre ella la hace pensar que Isabel puede comprenderla y ayudarle a vivir este momento tan especial de su vida.

La respuesta de María a las hermosas y sentidas palabras de su prima – según nos refiere Lucas en su Evangelio - es una bellísima y exultante oración de alabanza en la que María no sólo expresa su fe en Dios y le agradece el don maravilloso que le ha concedido, sino que también profetiza de alguna manera, la misión que Jesús realizará en el mundo.

*“Engrandece mi alma al Señor  
y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador,  
porque ha puesto los ojos en la humildad de su  
esclava...”*

María reconoce y proclama con fe firme y segura, que Dios es “su Señor y Salvador”,



Alguien de quien ella puede esperarlo todo a pesar de su pequeñez y su pobreza, porque es infinitamente bueno y amoroso. Y que ese Dios a quien ella ama y respeta como tal, ha “puesto sobre ella sus ojos”, para realizar en ella y con ella, una obra especial.

*“Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen.”*

María es consciente de que Dios la ha elegido para una misión particular, y que lo ha hecho por puro amor, sin mérito de su parte; Dios la ha escogido porque así lo ha querido, y lo ha hecho gratuitamente, y en su bondad le ha concedido todos los dones y las gracias que necesita para llevar a cabo su tarea con competencia.

*Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.  
Derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes.  
A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.*

María sabe, María siente en lo profundo de su corazón, que su misión es una misión de amor, una misión en la que está comprometida la infinita misericordia que Dios siente por todos los hombres y mujeres del mundo, y de una manera especial, por los más débiles, por los que padecen injusticia, por los que carecen de lo necesario para vivir, porque sus derechos han sido pisoteados por quienes abusan de su poder, Lo sabe, lo siente y lo proclama con entusiasmo, en total sencillez y humildad, sin envanecerse en lo más mínimo.

*Acogió a Israel, su siervo, acordándose de la misericordia como había anunciado a nuestros padres - en favor de Abraham y de su linaje por los siglos”.*

María proclama con absoluta fe y total confianza, que en ella y a través de ella, Dios está cumpliendo su promesa de salvación para Israel; una promesa que se ha hecho extensiva a la humanidad de todos los tiempos y todos los lugares, a todos los que sufren, a todos los que se sienten abandonados, a todos los que son rechazados y marginados, a los descartados de la sociedad.

La oración de María es una oración profética. En sus palabras está claramente anunciada la misión que llevará a cabo Jesús, su Hijo, el niño que crece en sus entrañas por la intervención directa de Dios, el Salvador prometido desde antiguo; el Hijo de Dios que viene al mundo enviado por su Padre para darnos a todos una nueva vida, para renovar el mundo con su amor y su paz.

***María camina llevando la alegría de quien canta las maravillas que Dios ha hecho con la pequeñez de su servidora. A su paso, como buena madre, suscita el canto dando voz a tantos que de una u otra forma sentían que no podían cantar.***

***Papa Francisco***

## - UNA SITUACIÓN INESPERADA



*El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.*

*Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres.*

*Creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaron entre los parientes y conocidos; pero al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén.*

*Y sucedió que, al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchádoles y preguntádoles; todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas.*

*Quando lo vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: - **Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.***

*Él les dijo: - Y ¿por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?*

*Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.*

*Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.” (Lucas 3, 40-51)*

Después del episodio de la visita de María a su prima Isabel, ni el Evangelio según san Lucas ni ningún otro de los evangelios nos presentan otras palabras suyas, hasta el relato de la celebración de la Pascua en Jerusalén, cuando Jesús tenía ya 12 años.

Todo nos sorprende en este pasaje de la vida de Jesús y de María:

- el hecho mismo de que el Niño se quedara en Jerusalén, sin decir nada a sus padres,
- el aparente descuido de María y de José con su hijo,
- el lugar donde Jesús se quedó y lo que allí estaba haciendo,
- las palabras de María a Jesús, cuando lo vio en el Templo,
- la respuesta de Jesús a su madre,
- el silencio de María y de José cuando escucharon las palabras de su hijo,
- el regreso de todos a Nazaret, en absoluta paz, como si nada hubiera sucedido.

Es fácil imaginar el dolor y la preocupación que sintieron María y José al no encontrar a Jesús entre sus parientes y conocidos, cuando,

terminada la fiesta, regresaban juntos a su casa y a la cotidianidad de su vida.

Dolor, preocupación, miedo por lo que pudiera pasarle, y también, por supuesto - por qué no -, la sensación interior de no haber cuidado suficientemente a Jesús, sabiendo como sabían, que era un Niño muy especial, porque no era simplemente su hijo, el hijo de sus entrañas, sino que además, era portador, en su propia carne, de un gran misterio: el misterio del amor infinito de Dios por la humanidad, el gran regalo de la salvación de todos los hombres y mujeres del mundo, según le había dicho el ángel Gabriel a María aquel día que ella nunca podría olvidar.

Por eso, y a pesar del cansancio que había significado el camino recorrido aquel día, decidieron juntos volver sobre sus pasos, para buscarlo. ¿Dónde?... No lo sabían... En todas partes, en las casas de los parientes, en los lugares reservados para los peregrinos, en la ciudad entera, puerta a puerta, si era necesario, pero tenían que encontrarlo.

Tres días se demoraron para hallarlo. Tres días que fueron para ambos una verdadera tortura.

Tres días que al final se convirtieron en una enorme sorpresa: Jesús estaba en el Templo – la Casa de Dios – en medio de los más grandes maestros de Israel, que lo escuchaban con atención, impresionados por su sabiduría.

Fue tanto el dolor padecido durante aquellos tres largos días, que María no pudo evitar pedir a Jesús una explicación:

***- Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando.***

Un reclamo totalmente natural y perfectamente esperado; una solicitud de una madre normal, que ama al hijo de sus entrañas con toda la fuerza de su ser, y que lo que más teme en la vida es perderlo.

Sin embargo, la clara e inmediata respuesta de Jesús, con palabras que a todos nos parecen un poco destempladas, lo dijo todo:

***- Y ¿por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debía estar en la casa de mi Padre?"***



Ciertamente María no esperaba una respuesta tan dura y tajante de parte de su hijo, pero aunque no las entendió plenamente – y tampoco José –, no dijo nada más; el recuerdo lejano en el tiempo, pero siempre presente en su corazón de creyente, de lo que le había dicho el ángel Gabriel sobre la verdadera paternidad de Jesús y su misión en el mundo, la hizo detenerse: los deseos y proyectos de Dios no son siempre fáciles de comprender, y frente a ellos lo único que nos corresponde es entregarnos y callar.

Era lo que ella había decidido hacer aquel día, y lo que tenía que seguir haciendo todos los días de su vida. Porque cuando uno se entrega a Dios, no vale volverse atrás; hay que mantenerse y perseverar, ser humilde y confiar, con la certeza de que Él sabe siempre lo que hace y por qué lo hace, y cómo y cuándo lo hace.

Son muy bellos los versículos que terminan la narración de aquel suceso: Jesús *“bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”*.

Jesús que comenzaba a tomar conciencia de su ser y de su misión en el mundo – quién era realmente y cuál era la tarea que debía realizar -, siguió siendo aquel niño bueno y obediente a sus padres, que siempre había sido; y María, la joven virgen, escogida por Dios para ser la madre de su Hijo hecho hombre, renovó su entrega generosa al proyecto del Padre, y dio un paso más en el camino de la fe y la confianza que Él le pedía y que ella estaba dispuesta a mantener hasta el fin de su vida.

***Debemos sentirnos angustiados cuando durante más de tres días olvidamos a Jesús, sin rezar, sin leer el Evangelio, sin sentir la necesidad de su presencia y su amistad consoladora. María y José lo buscaron y lo encontraron en el templo mientras enseñaba: es sobre todo en la casa de Dios donde podemos encontrar al divino Maestro y aceptar su mensaje de salvación.***

***Papa Francisco***

## **- ENTRE LA LUZ Y LA OSCURIDAD**

María vivió toda su vida en el mundo, entre la luz de la fe y la oscuridad que muchas veces significa creer.

Desde pequeña, las enseñanzas de sus padres llenaban su corazón y su vida con la certeza de la bondad de Dios, de su justicia y su santidad, de su amor inconmensurable, de su misericordia y su compasión, y María lo amaba con todas sus fuerzas, pero no siempre lograba entender con claridad lo que Dios estaba haciendo en su vida, lo que esperaba de ella, lo que necesitaba de ella.

María creía en Dios con una fe firme y profunda decidida y valiente, abierta y generosa, pero había muchas cosas que no lograba entender completamente, muchas cosas que le daba dificultad aceptar.

María tenía fe, creía con todas sus fuerzas, pero su fe no la eximía de no tener todo tan claro como hubiera querido, de no saberlo todo, de no comprenderlo todo. Como cualquier ser humano

– hombre o mujer -, María tenía limitaciones físicas, mentales, emocionales y espirituales.

Porque la fe es luz que ilumina la oscuridad del camino, pero no la destruye definitivamente, no la hace desaparecer totalmente.

La fe nos comunica la fuerza de Dios para seguir nuestro camino, superando las dificultades que se nos presentan, pero no impide que estas dificultades se manifiesten.

La fe nos capacita para luchar contra el miedo, la indecisión, la desesperanza, pero ellos siguen ahí y hay que vencerlos una y mil veces a lo largo de la vida.

La fe abre nuestra mente y nuestro corazón a Dios, pero no nos libra de nuestra condición humana frágil y limitada.

La fe es un don de Dios, una gracia de Dios, un regalo de su amor por nosotros, pero exige nuestra respuesta, nuestro esfuerzo, nuestra entrega.

La fe, para ser verdadera, debe ser siempre absoluta y confiada.

No se puede creer a medias. Hay que creerlo todo y siempre.

No se puede creer con condiciones. Hay que creer dándolo todo en cada momento de la vida.

No se puede creer con temor. La verdadera fe exige dejar el miedo a un lado y saltar al vacío con la certeza de que Dios está ahí siempre para acogernos en sus brazos amorosos

María vivió toda su vida en el mundo, entre la luz de la fe y la oscuridad que muchas veces significa creer.

Su vida no fue un jardín de rosas sin espinas. Al contrario. Su entrega generosa a Dios la llevó en muchos momentos por caminos de dolor que ella no comprendía, pero que enfrentaba abierta y decididamente, con su mente y su corazón puestos en Dios, a quien se había entregado de una vez y para siempre.

Muchas veces a lo largo de su vida, María tuvo que “volver” espiritualmente al momento de la anunciación, y repetir con humildad y valentía su “sí” a Dios. Entonces la oscuridad que

amenazaba con devorarla era vencida por su fe libre e incondicional.

***María pone su confianza en Dios...  
Está segura de que con el Señor, aunque de  
modo inesperado, todo irá bien.  
¡Heme aquí! ... ¡Heme aquí! es la palabra,  
heme aquí es la oración...  
Pidamos a la Inmaculada Concepción la  
gracia de vivir así.***

***Papa Francisco***

## 4. PALABRAS DE MARÍA EN EL EVANGELIO DE JUAN



El Evangelio de Lucas nos transmite las palabras de María en los relatos correspondientes a la infancia de Jesús, y el Evangelio de san Juan, las palabras de María al comienzo de su vida pública.

Son muy pocas – apenas dos frases -, pero tienen un gran valor; han trascendido el tiempo en el que fueron dichas, y nos comunican una

gran enseñanza a los cristianos de hoy y de todos los tiempos y lugares.

Es posible que el evangelista haya sido testigo del momento en el que fueron pronunciadas por María, y las haya escuchado con sus propios oídos. Y es posible también, que hayan sido tan significativas para él al oírlas, que al escribir su relato sobre la vida de Jesús, su Maestro, haya considerado importante incluirlas.

Tratemos de profundizar en ellas y en su mensaje en aquel tiempo y en el nuestro. Pidámosle con fe que sea ella misma quien nos desvele su significado y nos dé la fuerza para hacerlas realidad en nuestra vida de fe.

***María es exactamente como Dios quiere que seamos nosotros, como quiere que sea su Iglesia: Madre tierna, humilde, pobre de cosas y rica de amor, libre del pecado, unida a Jesús, que custodia a Dios en su corazón y al prójimo en su vida.***

***Papa Francisco***



## - LA SÚPLICA DE UNA MADRE



*Tres días después se celebraba una boda en Caná de Galilea y estaba allí la madre de Jesús.*

*Fue invitado también a la boda Jesús con sus discípulos.*

*Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre: - **No tienen vino.***

*Jesús le responde: - ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.*

*Dice su madre a los sirvientes: - **Hagan lo que él les diga.***

*Había allí seis tinajas de piedra, puestas para las purificaciones de los judíos, de dos o tres medidas cada una.*

*Les dice Jesús: - Llenen las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. - Sáquenlo ahora - les dice -, y llévenlo al maestresala. Ellos lo llevaron.*

*Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama el maestresala al novio y le dice: - Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.*

*Así, en Caná de Galilea, dio Jesús comienzo a sus señales. Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. (Juan 2, 1-11)*

María conocía perfectamente a Jesús. Lo conocía como una madre conoce al hijo de sus entrañas. Sabía como era, lo que pensaba y lo que sentía en su corazón. Qué le gustaba y qué no. Cómo miraba a las personas y cómo se relacionaba con ellas.

María sabía que el corazón de Jesús era – es – un corazón amable, un corazón sensible y amoroso, un corazón lleno de ternura y compasión.

María sabía que para Jesús era muy importante que las personas se sintieran bien consigo mismas y en sus relaciones con los demás; que valoraba profundamente a cada uno de los miembros de su familia extensa, que era realmente amigo de sus amigos, que era capaz de hacer cualquier cosa para que nadie pasara un mal rato,

María sabía que a Jesús le gustaba festejar, que era alegre, y servicial, muy servicial.

María sabía muchas cosas de Jesús. Se había pasado toda su vida contemplándolo. Las palabras que el ángel le había dicho antes de que Jesús naciera, se habían quedado

grabadas con fuego en su mente y en su corazón de madre. Jesús era su hijo, pero también era el Hijo de Dios, y esto lo hacía alguien muy, muy especial para ella.

En el rostro de Jesús, María podía ver el rostro de Dios, a quien ella amaba profundamente, y a quien se había entregado en cuerpo y alma desde que era pequeña.

En el rostro de Jesús María podía ver la infinita belleza de Dios, su verdad absoluta, su perfecta bondad, su amor incondicional por todos los hombres y mujeres del mundo.

En el rostro de Jesús, en sus palabras, en sus gestos y en sus acciones, María podía ver muchas cosas que quienes estaban a su alrededor no veían.

En Jesús estaba presente el misterio de Dios. Un misterio al que ella se acercaba con infinito respeto. Un misterio que ella no alcanzaba a comprender pero que “gustaba”, que “saboreaba” día a día. Un misterio que se iba develando poco a poco, a medida que Jesús crecía en edad y tomaba el rumbo de su vida.

Hacía algún tiempo ya, Jesús había dejado la casa y el taller de Nazaret, y había salido en busca de Juan, el hijo de Zacarías e Isabel, que predicaba en el desierto de Judea, llamando a todos a la conversión, y – según le habían contado –, se había hecho bautizar por él.

Después, María tuvo noticias de que Jesús se había alejado del lugar donde predicaba Juan, y se había internado en la montaña para estar solo, orar y hacer penitencia durante un tiempo.

Más adelante algunas personas que habían salido de Nazaret para hacer sus diligencias, le dijeron que Jesús andaba por los alrededores del lago de Tiberíades hablando con la gente, y que algunos pescadores del lugar iban con él, escuchando sus enseñanzas, como un grupo de discípulos.

Y ahora Jesús estaba allí en Caná, con ella, participando en una boda a la que ambos habían sido invitados. Por eso estaba feliz, muy feliz.

Jesús compartía con todos los invitados con gran alegría. Saludaba a los parientes que hacía tiempo no veía, conversaba con ellos,

bromeaba, se reía, jugaba con los niños como siempre lo había hecho, y su corazón de madre rebosaba de alegría, porque se sentía orgullosa de su hijo.

A María no le importaba lo que habían dicho algunos de sus parientes, cuando – hacía ya algún tiempo –, Jesús la había dejado sola para ir en busca de su sueño: el sueño de acercarse cada día más a Dios, un sueño que ella conocía desde que Jesús había llegado al uso de razón.

Siempre es difícil para una madre ver partir a los hijos de la casa paterna para empezar a vivir su vida independientemente, pero ella sabía perfectamente que Jesús no sólo era su hijo sino también el Hijo de Dios, y que tenía una misión especial que debía cumplir; una misión que ella no alcanzaba a comprender, pero que era muy importante; más importante que lo que cualquiera pudiera imaginarse, porque era una misión dada por Dios mismo, un deseo de Dios.

¿Qué ocurrió aquel día en que Jesús y María volvieron a encontrarse en una fiesta familiar: la celebración de una boda? El Evangelio según san Juan nos lo cuenta con lujo de detalles, como vimos al comienzo.

Muchas cosas podemos decir sobre los que nos comunica este pasaje del Evangelio de Juan, pero vamos a centrarnos exclusivamente en las palabras de María y su valor en el contexto de todo el relato.

*Y, como faltara vino, porque se había acabado el vino de la boda, le dice a Jesús su madre:*  
**- No tienen vino.**

*Jesús le responde: - ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora.*

*Dice su madre a los sirvientes: - **Hagan lo que él les diga.***

“*No tienen vino*” es una petición, una súplica de la madre al hijo de sus entrañas, llena de humildad y de confianza.

“*Hagan lo que él les diga*” es un mandato, una orden que da María a quienes atienden a los invitados, y manifiesta que no obstante la inmediata respuesta de Jesús, bastante seca y poco comprometida, ella está absolutamente segura de que Jesús ha escuchado su petición y la responderá de una manera positiva en el momento adecuado.

Y el milagro se produce con tanta rapidez y efectividad como María esperaba...

*Les dice Jesús: - Llenen las tinajas de agua. Y las llenaron hasta arriba. - Sáquenlo ahora y llévenlo al maestresala. Ellos lo llevaron.*

*Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino, como ignoraba de dónde era (los sirvientes, los que habían sacado el agua, sí que lo sabían), llama al maestresala al novio y le dice: - Todos sirven primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el inferior. Pero tú has guardado el vino bueno hasta ahora.*

Jesús soluciona el problema de los novios, y convierte una gran cantidad de agua en vino, para que la fiesta de bodas pueda continuar sin contratiempos.

María nos invita cada día, a poner en sus manos de madre todas nuestras angustias y nuestros problemas, todas nuestras necesidades materiales y espirituales. Ella las presentará con amor maternal a su Hijo, intercediendo por nosotros. Sólo nos pide que pase lo que pase tengamos la certeza de que



somos escuchados y atendidos de la mejor forma posible

Y también nos dice como a los sirvientes de aquella boda en Caná, que cada día de nuestra vida y en todas las circunstancias que tengamos que enfrentar, hagamos “lo que Jesús nos diga”, y así llegaremos a ver cosas verdaderamente sorprendentes y maravillosas.

Una promesa que nunca dejará de cumplirse. Podemos estar seguros de ello.

***María, la Madre, se preocupa por la vida de cada uno de nosotros: desea abrazar todas nuestras situaciones y presentarlas a Dios. En la vida fragmentada de hoy, donde corremos el riesgo de perder el hilo, el abrazo de la Madre es esencial. Permitámosle abrazar nuestra vida.***

***Papa Francisco***

## **- HAGAN LO QUE ÉL LES DIGA...**

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Siempre y en todo.

Sin temores ni dudas.

Sin vacilaciones.

Con absoluta confianza.

Con amor, con esperanza.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Porque sus palabras, como las palabras del Padre, son siempre palabras llenas de sabiduría.

Palabras de Vida eterna.

Palabras de Salvación.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Sin miedo.

Sin angustia.

Con decisión y valentía.

Con parresía.

Empeñando en ello todas sus fuerzas.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Con humildad.

Con pureza de corazón.

Sin temor al sacrificio.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Como yo lo hice a lo largo de mi vida en el mundo.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Y Jesús les dará a beber un vino nuevo.

Un vino con su cuerpo, su dulzura, su aroma, adecuados.

Un vino que llenará su corazón de alegría y de paz.

*“Hagan lo que él – Jesús - les diga”...*

Será siempre – seguramente - lo mejor para cada uno.

***María brinda coraje, enseña a hablar y sobre todo, anima a vivir la audacia de la fe y la esperanza. De esta manera ella se vuelve transparencia del rostro del Señor que muestra su poder invitando a participar, y convoca en la construcción de su templo vivo: la Iglesia.***

***Papa Francisco***

## **4. EL SILENCIO TAMBIÉN HABLA**

Aunque suene paradójico, también el silencio es un elemento de la comunicación humana.

También el silencio - los silencios – dicen algo, comunican un mensaje, más allá de las palabras; son fecundos.

Hay veces – incluso -, en las que el silencio – los silencios -, dicen mucho más que las palabras que se pronuncian a destiempo, o de manera agresiva o imprudente.

Pero es necesario aprender a interpretar lo que el silencio dice y significa en cada momento y en cada circunstancia, para darle el valor que le corresponde.

Porque hacer silencio puede manifestar en algunos casos aprobación, y en otros desaprobación.

Hay circunstancias en las que callar implica tener miedo de manifestar abiertamente lo que se piensa o lo que se siente, y circunstancias en las que hacerlo es un acto de valentía, un gesto

de paz que evita enardecer los ánimos de quienes escuchan.

Hay silencios profundamente respetuosos y silencios francamente agresivos.

Hay silencios activos y silencios pasivos.

Hay silencios que construyen y silencios que destruyen.

Hay silencios que proclaman la verdad, y silencios cómplices de la mentira, de la violencia, de la deshonestidad.

Hay silencios que defienden la justicia y silencios que apoyan la injusticia.

Hay silencios que indican descontento, y silencios de aprobación y de apoyo.

Hay silencios humildes y silencios orgullosos.

Hay silencios que se convierten en oración amorosa y ferviente, y silencios que muestran que no se tiene fe.

Es necesario aprender a interpretar en cada momento y en cada circunstancia, lo que el silencio dice, lo que el silencio anuncia, la verdad que el silencio pone de presente.

Es necesario aprender a hacer silencio en el momento oportuno, cuando corresponde, para que nuestro silencio sea un silencio valioso, constructivo, veraz, fecundo,

***Miremos la belleza de la Virgen, nacida y  
vivida sin pecado, siempre dócil y  
transparente a Dios.***

***Papa Francisco***

## 5. LO GUARDABA TODO EN SU CORAZÓN



*Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo.*

*Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad.*

*Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de*

*David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.*

*Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.*

*Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño.*

*Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor. El ángel les dijo: - No teman, pues les anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; y esto les servirá de señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.*

*Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: - Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace.*



*Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: - Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado.*

*Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.*

*Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían.*

***María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. (Lucas 2, 1-19)***

\*\*\*\*\*

***Jesús bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.***

*Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres. (Lucas 2, 51-52)*

Sólo seis palabras – o frase – de María nos transmiten los evangelios:

1. - *¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?... (Lucas 1, 34)*
2. - *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra... (Lucas 1, 38)*
3. - *Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava... (Lucas 1, 46 ss)*
4. - *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, andábamos buscándote... (Lucas 2, 48)*
5. - *No tienen vino... (Juan 2, 3)*
6. - *Hagan lo que él les diga... (Juan 2, 5)*

Seis palabras: cuatro en el Evangelio de Lucas en tres episodios de la vida privada de Jesús, dos en el Evangelio de Juan, en las Bodas de Caná, al comienzo de su vida pública. Ninguna en los evangelios de Marcos y Mateo.

Seis palabras o frases de María en momentos muy concretos y determinantes de su vida y de la vida de Jesús, y muchos, muchos silencios, que si bien no se especifican como tales, podemos encontrarlos fácilmente en las

narraciones evangélicas con una lectura atenta y sosegada.

Enunciemos algunos de ellos:

En primer lugar, es claro y muy significativo el silencio de María frente a José, después de la visita del ángel Gabriel y su repuesta a la propuesta de Dios. Prefirió que Él mismo le diera a entender a su manera, lo que estaba sucediendo; se sentía completamente segura de que Dios, con su sabiduría y su bondad, lo haría mucho mejor que ella.

Es también muy significativo el silencio de ambos – María y José -, en el momento del nacimiento de Jesús en Belén, y todos los acontecimientos que lo rodearon: la poca o ninguna acogida que les dieron en la ciudad, la visita de los pastores al niño y lo que dijeron de él, la visita de los sabios de oriente. Prefirieron vivir solos y en profunda intimidad la intensidad de lo que estaba sucediendo, y contemplar en Dios el misterio de Jesús y de su virginidad.

Igualmente, podemos destacar el silencio de María y de José en el Templo de Jerusalén, cuando cuarenta días después del nacimiento

del niño, fueron a presentarlo a Dios como su primogénito. Las palabras del anciano Simeón dirigidas expresamente a María, causaron un dolor profundo a su corazón de Madre, pero una vez más ella y José prefirieron escuchar en silencio lo que el anciano decía, y guardarlo en el corazón para meditarlo con calma en su oración.

La huída con Jesús a Egipto para salvar su vida, según lo que nos narra el Evangelio de Mateo, la llevaron a cabo María y José en absoluto silencio, sin decir nada a nadie, sin quejarse de nada, sin exigir nada. Ambos estaban perfectamente seguros de que Dios los protegería y los ayudaría a salir adelante en esta dificultad.

En silencio, sin hacer alarde de nada, sin buscar privilegios, vivieron María y José toda la infancia de Jesús. Desempeñaban el papel que les correspondía como padres: lo educaban y protegían, y lo veían crecer y desarrollarse como un niño cualquiera (Lucas 2, 40), pero poco a poco iban descubriendo también su bondad, su amor a Dios, su deseo de ayudar a los otros, y todas aquellas cosas que lo hacían especial, y que iban confirmando la misión que

le había sido encomendada por el Padre, como había dicho el ángel: salvar a su pueblo de sus pecados.

En silencio vivió María el momento en el que Jesús se despidió de ella para ir en busca de Juan Bautista, que predicaba en el desierto de Judea. Empezaba una nueva etapa en la vida de su hijo, y ella deseaba con todo su corazón, ayudarle a cumplir su tarea sin hacerle reproches, sin quejarse de su abandono, en fin.

En silencio permaneció María cuando, según nos cuenta Marcos en su Evangelio (3, 32-35), fue a buscar a Jesús, junto con algunos miembros de su familia, allí donde estaba predicando, pero él consideró importante no interrumpir lo que estaba haciendo, para salir a su encuentro, y en su lugar pronunció algunas frases un poco fuertes, con las que quería mostrar la importancia de buscar siempre hacer la Voluntad de Dios : “- *¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Estos son mi madre y mis hermanos... Quien cumpla la Voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*”.

En silencio absoluto vivió María la dolorosa pasión y la injusta y cruel muerte de Jesús, “*al pie de la cruz*” (Juan 19, 25-27). En silencio, sostenida sólo por su fe profunda y confiada en el Padre, que siempre sabe lo que hace y por qué lo hace. Un silencio transpasado del más grande dolor que hay en el mundo: ver morir violentamente al hijo de sus entrañas, que era además el Hijo del Dios altísimo, enviado al mundo para manifestar a todos el infinito amor que Dios siente por nosotros, a pesar de nuestras infidelidades.

En silencio profundo recibió María a Jesús en sus brazos, cuando fue bajado de la cruz por sus amigos, para ser sepultado. Un silencio sublime y expectante que se mantuvo hasta la mañana de la resurrección, en la que Jesús se le presentó vivo y glorioso, antes que a los discípulos, mostrándole las heridas de sus manos, sus pies y su costado, para que pudiera identificarlo plenamente, llenando con ello su corazón de madre y de discípula, de alegría y esperanza; una alegría exultante y una esperanza sin fin

Pero el silencio de María – y el silencio de José - en los distintos momentos de su vida y de la

vida de Jesús, no fue, ni mucho menos, un silencio vacío. Todo lo contrario: fue un silencio lleno de fe, lleno de amor, lleno paz, aún en el dolor. Un silencio lleno de Dios.

Un silencio en el que su corazón de mujer, de creyente y de madre, recibió de Dios la gracia de los consuelos divinos, la fuerza espiritual que necesitaba para seguir adelante sin quebrarse, sin desfallecer, cumpliendo a cabalidad la misión que Dios le había confiado, con humilde fidelidad.

Un silencio que le permitía – en términos de san Ignacio de Loyola - “gustar”, “saborear” en su más profunda intimidad, el misterio de Dios que se le hacía presente y palpable en Jesús, a quien ella amaba con todo su corazón como el hijo de sus entrañas, pero también y de un modo muy especial, como aquel que hacía presente en el mundo la promesa cumplida del Dios Altísimo, según lo habían anunciado los profetas de Israel.

Lo dice claramente el evangelista dos veces, como para que no nos quede duda:

- *María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón. (Lucas 2, 1-19)*

- *Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón (Lucas 2, 51).*

Las guardaba, las meditaba, oraba con ellas, porque sabía que en Jesús y con él, Dios estaba haciendo maravillas en el mundo; en Jesús y con él, Dios estaba entregando al mundo su amor; en Jesús y con él, Dios estaba salvando al mundo de sus pecados.

¿Cómo podía ser esto?... No lo sabía... No lo entendía racionalmente... No podía explicarlo con palabras... No sabía siquiera si existían las palabras adecuadas para expresarlo en toda su magnitud y profundidad... Pero esta era la verdad de Jesús, esta era la verdad de Dios; estaba plenamente convencida de ello.

Dios mismo se lo decía en su corazón traspasado unas veces de gozo y otras de dolor, con palabras inefables,

***Esperanzas y angustias, luz y tiniebla: todas estas cosas poblaban el corazón de María. Y ella, ¿qué hizo? Las meditaba, es decir,***



***las repasaba con Dios en su corazón. No se guardó nada para sí misma, no ocultó nada en la soledad ni lo ahogó en la amargura, sino que todo lo llevó a Dios en la oración.***

***Papa Francisco***

## - EL SILENCIO DE MARÍA



El silencio de María es un silencio humilde como ella. Un silencio lleno de fe, de amor y de esperanza.

El silencio de María es un silencio íntimo y profundo. Un silencio del corazón.

El silencio de María es un silencio activo. Un silencio orante. Un silencio lleno de Dios.

El silencio de María es un silencio que le permite oír a Dios y también hablarle

El silencio de María es un silencio que escucha. Un silencio abierto a la Voluntad de Dios. Un silencio que es plena disponibilidad.

El silencio de María es un silencio meditativo. Un silencio contemplativo.

El silencio de María es un silencio que la unió a Dios para siempre.

El silencio de María es un silencio motivado, iluminado y fortalecido por el Espíritu Santo que habita en ella desde su concepción inmaculada.

Con su silencio humilde y profundo, lleno de fe, de amor y de esperanza, María nos dice que muchas veces es mejor callar, que hablar, hablar y hablar.

Con su silencio abierto y disponible para Dios, activo y efectivo, María nos enseña que nuestra vida de fe, nuestro amor a Dios y a los

hermanos, se manifiestan mejor y más bellamente, en las obras que en las palabras.

Con su silencio de entrega a Dios y a la escucha su Palabra .para ponerla en práctica, María nos llama a escuchar a Jesús y a poner en práctica en nuestra vida sus enseñanzas y su ejemplo.

Con su silencio contemplativo, orante, lleno de Dios, María nos invita a unirnos a ella cada día de nuestra vida, en la alabanza a Dios Padre, por medio de su Hijo Jesús, y con la ayuda del Espíritu Santo.

***Tómanos de la mano, María.  
Aferrados a ti superaremos los recodos más  
estrechos de la historia.  
Llévanos de la mano para redescubrir los  
lazos que nos unen.  
Reúnenos juntos bajo tu manto, en la  
ternura del amor verdadero, donde se  
reconstituye la familia humana.  
Bajo tu protección nos acogemos, Santa  
Madre de Dios.***

***Papa Francisco***

## - ORACIÓN A NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO



*Santa María de Nazaret, Madre de Jesús,  
Palabra de Dios encarnada por obra del  
Espíritu, en tu seno virginal,  
yo te alabo y bendigo, y doy gracias al  
Padre, por tu amor y tu bondad, por tu  
belleza y tu santidad, por tu fe y tu  
esperanza inagotable.*

*Enséñame María, a cantar todos los días, con voz fuerte y segura, las maravillas que Dios hizo en ti y hace también en mí,*

*porque su amor es grande, no pone condiciones, y no tiene fronteras.*

*Santa María de Nazaret, Virgen creyente Señora de la esperanza,*

*enséñame a decir mi "sí" al Padre cada día, y a entregarme con amor y alegría a su Voluntad que ama y busca siempre el bien para sus hijos, en todos los lugares de la tierra.*

*Ayúdame María, para que las palabras benditas de tu Hijo, que es la Palabra eterna de Dios Padre,*

*penetren hasta lo más profundo de mi ser, y con su verdad transformen mi vida para siempre.*

*Santa María de Nazaret, Señora del silencio, Virgen orante,*

*condúceme a Jesús, para llegar con él y contigo, al corazón del Padre, en el Espíritu, el centro del misterio que da vida, el misterio que es Vida y vida en abundancia. Amén.*

*La Virgen María nos ayude  
a preparar día a día  
el camino del Señor...  
y a sembrar  
a nuestro alrededor,  
con tenacidad y paciencia,  
semillas de paz,  
justicia y fraternidad.*

*Papa Francisco*



*A.M.D.G.*